

El geniecillo de la especie

Alfredo F. Alameda

Prólogo

Una ambulancia en la playa; un desorden, una anomalía, casi una extravagancia. La gente levanta los ojos del periódico que entretiene su aperitivo o interrumpe la charla con los amigos, para prestar atención a una mujer arrugada sobre sí que sale del hotel ayudada por dos sanitarios; sostiene vagamente su cabeza con una mano. Casi en volandas es subida al vehículo y acomodada en una camilla. Tiene la tez pálida y la vista extraviada.

La luz centelleante de color naranja ha irrumpido silenciosamente y acaparado la atención de los veraneantes que tomamos refrescos al amparo de la carpa que el hotel extiende sobre el porche que mira al mar. Tan discretamente como llegó, se aleja y, mientras ello sucede, alcanzo a leer sobre un costado, «Soporte Vital Básico», y debajo, «Principado de Asturias». Los ojos vuelven a los textos y se reanudan las conversaciones comentando aquella realidad discordante y ajena.

Armado con toalla y libro me arrellano en un lecho de hierba que hace frontera con la arena de la playa y comienzo la biografía de don Álvaro Flórez Estrada, que mi hija me regaló la semana pasada porque no quiere que el hexanieto del ilustre personaje siga ignorando las glorias de la familia.

Capítulo único

—El bufet está ya cerrado, señor. Lo siento.

—Pero si sólo son las diez y cuarto —protesto a la amable señorita que se niega a dejarme entrar.

—Precisamente, señor, el bufet se cierra a las diez —vuelve a decir que lo siente y me regala una sonrisa que traduzco más o menos por un *me gustaría permitirle entrar, pero no me es posible*, así que correspondo a su cortesía con un *qué le vamos a hacer* y me dirijo a la barra del bar para tomar un café, luego me acercaré a Llanes y me despacharé un buen desayuno, de cualquier forma, pensaba pasar por la oficina de turismo...

En mi habitación me enfundo el culote y el maillot, en la riñonera meto el billetero, el celular, una caja empezada de Rösli Habana y el encendedor —solo tres puritos al día: después de la comida, con el café de media tarde y tras las cena. Muy de tarde en tarde, cuando trasnocheo por alguna tertulia de amigos o la lectura nocturna no trae sueño, un cuarto—. No olvido los guantes ni las gafas de sol. No puedo descartar lluvia así que me llevo también el chubasquero. Cualquier otra cosa que pueda necesitar se halla prendida a la bici. Recorro los seis kilómetros que me separan de Llanes con más tránsito del que hubiera deseado, no cabe esperar otra cosa, estamos en agosto. La ciudad es un hervidero de vehículos y personas; cuando el sol decida aparecer, todo este gentío partirá ávidamente a ocupar las

pequeñas pero abundantes playas del concejo; entonces las calles recobrarán su esencia durante algunas horas.

Sorteando paseos intransitables, desvíos imprevistos, obras municipales y estridentes guardias urbanos, ya un poco histéricos a pesar de la temprana hora, llego a la torre medieval que alberga la oficina en cuestión. Una fila de turistas en prolija formación ocupa todo el espacio interior —ciertamente escaso— y prosigue en el exterior, pegada a la redondez perimetral de piedra que dibuja la torre. Desisto de recabar la información que pretendía y me conformo con un mapa que hace montón al final del mostrador.

En la calle principal está El Paraíso, un local de decoración exquisita y decadente donde se puede disfrutar de fina repostería, excelentes churros y delicioso chocolate, todo muy adecuado para que a la jornada que pienso acometer no le falten calorías. Se trata de un ejemplar único que ha sido capaz de resistir las acometidas de la globalización, con sus tediosas franquicias de artículos iguales e insulsos, para seguir ofreciendo una calidad amorosamente artesana, dispensada con admirable servicio, en un marco de caoba y cristal con espléndidos sillones de cretona estampada en torno a un piano de cola al cual se sientan diferentes intérpretes a lo largo del día para amenizar la estancia. Un ejemplar único, ya digo.

Chocolate, churros y un botellín de soda.

Tardan un buen rato que aprovecho para trazar sobre el mapa un itinerario en círculo por las estribaciones de la sierra del Cuera —que Dios me ayude— y tras despacharme la comanda entre acordes de

Schumann me dirijo hacia la bicicleta que me espera cautelosamente candada a los barrotes del puente sobre las aguas escasas que el mar deja llegar a la ciudad en forma de diminutos meandros.

Voy a castigarme el cuerpo hasta matar los demonios que envenenan mi ánimo. De buena gana la hubiese abofeteado, en lugar de eso eché la bicicleta al coche y me vine a Asturias. Asturias siempre mitiga mis aflicciones. Creí que el *mal* se iría atemperando con el paso de los años hasta su desaparición. Libre, entonces, aún disfrutaría de algunos años de paz y sosiego que habrían de permitirme observar las pasiones humanas con la distancia de una sabiduría forjada con la ineluctable aleación de años y yerros. Ahora que he llegado a la edad en que la vida se me presenta como una derrota aceptada —según Marguerite Yourcenar puso en boca de Adriano—, ahora que los fragores de la lucha por la supervivencia ya no imponen su hegemonía, ahora que los pecados me inspiran más indulgencia que ira, ahora que ya apenas me canso en estériles reivindicaciones, ahora, digo, debería ser la hora de la calma; sin embargo el *mal* persiste. Impulso primigenio, atavismo animal, hambre insensata y procaz, química imperativa, negación intelectual, droga que impone su cuota contra toda rebelión o voluntad. Shopenhauer lo llamó *el geniecillo de la especie*. Las verdes montañas astures que se alzan frente a mí serán el sanatorio y los pedales el fármaco.

Tras un breve recorrido lamiendo el arcén de la nacional seiscientos treinta y cuatro, para evitar que el caudaloso río de

automóviles termine por mandarme maltrecho a la cuneta, abandono aquel infierno y me introduzco en una comarcal que entre abedules y castaños me conduce a Posada; el sol entra y sale por entre nubes de tejido incierto y un vientecillo benigno cargado de aromas vegetales me acompaña.

Posada no es población costera pero su proximidad hace que lo parezca, por la mucha ocupación que presenta. La carretera se convierte en la calle principal a su paso por el pueblo. Avanzo lentamente, parando a cada momento y esquivando coches y peatones. El recorrido transcurre cuesta arriba hasta la arboleda que oculta el horizonte. Mantengo el plato grande pero cambio a una corona alta para que el ascenso no moleste. Próximo al túnel que forma la fronda del bosque al que me conduce el camino, me adelanta una ciclista de impecable atuendo. Casco amarillo, guantes amarillos y zapatillas — *Shimano Custom-Fit*, con malla antihumedad; el último grito; las he visto en el Decathlon de Majadahonda, ciento cuarenta y cinco eurazos—, también a juego; culote negro con peto. Monta una bicicleta de carreras, profesional, con tubulares. La mecánica es tan suave que pasa junto a mí con un siseo apenas audible, impulsada por sólidas bielas de potentes gemelos. Una ninfa montada sobre un caballo de viento que se pierde veloz e irremisiblemente en la umbría que nos precede.

Mi vieja *Raleigh Riverside* adquirida en Bangor hace un millón de años, en una oferta, asume su trotona condición con encomiable decoro. La comprendo muy bien, ambos nos encontramos ya fuera de

catálogo. Esa fugaz y refulgente aparición nos ha recordado nuestra paupérrima condición (física) afectándonos de afligimiento pasajero.

Turancias es un aldea sin interés, después llego a Rales. La torre de la iglesia, visible desde la carretera, me incita a entrar en el pueblo. Sólo serán unos minutos, me digo. Desciendo una ligera pendiente entre maizales que llegan hasta las primeras casas. Una pareja de turistas consulta un mapa sobre el capó de un Ford, gesticulan para que me detenga, se disculpan y me preguntan, chapurreando español, por El Mazuco. Él ronda la cincuentena, es alto y corpulento, tiene los ojos claros y el cabello gris. Ella parece mucho más joven, tal vez cuarenta, puede que menos, lleva un pantaloncito corto y apretado sobre unos muslos del mismo color rosa encendido que los brazos. La carne inglesa no esta hecha para los soles ibéricos.

Me muestra un plano esquemático, torpemente dibujado, impreso sobre un folleto pequeño. El Mazuco no figura. No es de extrañar el extravío. Saco del bolsillo el mío, que sin ser una joya, presenta mejor aspecto y prestaciones. Here is, les digo poniendo el dedo en el lugar que buscan. Alaban mi mapa y me dan efusivamente las gracias en español e inglés. Cuando me disponía a partir el hombre me pregunta:

—Are you from here?

—No no, de Madrid. I am from Madrid —contesto pronunciando fatal y a gritos, como si además de inglés fuese sordo.

—Oh, *Madruid*, yes. Wonderful city —mira hacia las montañas y continúa—. We have come to see where my grandfather died.

¡Joder!, pienso, este tío está decidido a contarme su vida, y en inglés, además. Como no me parece muy cortés decirle que carece de interés para mí si su abuelo murió en Asturias o en Pénjamo, me limito a asentir con la cabeza. Él debe suponer que no le he entendido y volviéndose a la mujer, pregunta.

—How do you say grandfather in spanish?

Ella se encoge de hombros. Él se dirige nuevamente a mí:

—In the war of you —hace gestos como si disparase al horizonte montañoso que nos rodea con un rifle imaginario—. *La guerra*.

Caigo al fin. Me está diciendo que su abuelo murió en nuestra guerra civil. La memoria me trae con un pasaje en el que un puñado de milicianos mal pertrechados y peor alimentados fueron exterminados en el Mazuco, en un infierno de barro y niebla bajo el incesante fuego del crucero Almirante Cervera, que anclado en la costa, batía día y noche la sierra del Cuera, ayudado por los bombardeos que la Legión Cóndor practicaba en oleadas, ya ensayadas en Guernica.

—Yes, yes. Already understand —grito.

—My grandfather was killed in The Mazuco, in the war of you — insiste para asegurarse de que me he enterado. Le aseguro que lo he hecho. Les regalo el mapa para que no vuelvan a perderse. Me ofrecen la mano a modo de gratitud y se van tan contentos a conocer la tierra por la que su romántico abuelo entregó la vida en el año treinta siete del siglo pasado. Qué lejos suena «siglo pasado» para fijar heridas cuyas cicatrices se aprecian aún por todas partes.

La iglesia carece de interés, además está cerrada. Recorro la aldea de un lado a otro en busca de un bar, tienda o bazar donde tomar café. No lo encuentro. Me parece raro. El pueblo es pequeño pero no tan pequeño como para carecer siquiera de una mísera cantina. Inicio un nuevo recorrido. Hay muchas casas de reciente construcción que se sitúan en la zona de expansión del pueblo. En la calle no hay ni un alma. A cien metros hay un pajar sobre el que están edificando una casa, desde aquí alcanzo a ver a dos albañiles sobre un rudimentario andamio. Ellos sabrán decirme. En ese preciso momento, de la casa junto a la que estoy parado, sale una mujer con un cesto de ropa apoyado en la cadera, dobla el muro de la fachada e ignorando mi presencia se dispone a tender ropa recién lavada en unas cuerdas que hay al costado de la vivienda. Avanzo hasta la esquina y reclamo su atención:

—Buenos días. ¿Podría decirme si hay en el pueblo algún sitio donde pueda tomar un café?

—Aquí en Rales, no. Tendrá que ir a Posada o a Puente Nuevo, depende de la dirección que lleve.

Me habla de espaldas, sin interrumpir la tarea. Viste un pantalón de lino blanco, holgadito, de pernera corta (pirata) que sujeta con una cinta bajo las rodillas y un suéter rojo, un poco desteñido, corto y ajustado.

—¿Es posible que un pueblo como este carezca de un bar?

—Ya puede *juralo*, total para cuatro monos que quedamos quién va a querer abrir un bar...

—Pues veo muchas casas nuevas, parece que el pueblo está creciendo.

—Son los *fios*, que marcharon a *trabayar* por ahí, en casa Dios, cuando vienen a ver a los *vieyus* o a pasar las vacaciones tienen que hacer casa nueva, pues en estas casinas de antes no caben con la familia.

Conversamos acerca del pueblo, de agosto, de los veraneantes... hasta que toda la ropa queda colgando de las cuerdas. Echa una mirada al cielo y farfulla algo en asturiano que no logro entender. Antes de que desaparezca en el interior de la casa pregunto si puede darme un poco de agua y llenarme el bidón de la bicicleta, para el camino. Asiente y se pierde en el interior con el cesto en una mano y la botellita en la otra.

El sol se oculta tras una nube fea y oscura, el viento se enfurece durante un minuto y empieza a llover. Primero a goterones grandes, pesados y fríos que hacen daño al caer, y seguidamente con la abundancia e intensidad de una tormenta tropical, que se acompaña de relámpagos y truenos. Me pego a la pared, buscando protegerme del aguacero bajo el alero de la casa. La mujer asoma la cabeza entreabriendo la puerta.

—Ande, pase antes de que se empape.

Dejo la bicicleta apoyada sobre el muro y entro en la casa.

—¡Qué manera de caer! —exclamo—, parece que el cielo se nos fuera a venir encima.

—Sí, tan pronto como *viome* salir a tender.

—Es cierto, ¡vaya faena! ¿Quiere que la ayude a quitar la ropa tendida?

—Ni hablar. Además, con lo que está diluviando seguro que *empapose* ya. Que seque cuando quiera. Vamos dentro, le prepararé ese café que anda buscando y yo me tomaré otro, hasta que escampe, que no tardará, y pueda usted irse sin la *chaparrona*.

El zaguán es una pieza cuadrada y amplia, sin muebles a excepción de un banco de madera renegrida, largo, estrecho y sin respaldo, y un perchero de hierro con cinco utilidades prendido en una de las paredes. Junto a la puerta que está frente a la entrada hay una carretilla vieja con la rueda de hierro comida de herrumbre y dos vetustos cántaros encajados en los huecos circulares de la base, a su lado descansan unas botas altas de goma con restos de barro y unas madreñas de haya con bastante uso.

Un angosto pasillo con puertas a los lados nos conduce a la cocina, grande y luminosa, en el otro extremo de la casa. Un ventanal de dos metros de ancho soporta las acometidas torrenciales del chubasco. Sobre la mesa redonda que reina en el centro de la pieza está mi bidón y un frutero de mimbre que recoge manzanas encarnadas, melocotones y nectarinas. Siento un enorme deseo de hincar el diente a cualquiera de los frutos.

—Enseguida preparo el café.

Se mueve ágilmente en torno a mí, alcanza un vaso de una alacena lo pone bajo el grifo y lo deposita sobre la mesa. Trastea con los utensilios propios y termina poniendo la cafetera al fuego. Dejo el

casco y los guantes sobre una de las sillas que se hallan pegadas a la pared, bebo el agua de un trago. Me siento.

—¿No la estaré causando demasiada molestia?

—Venga hombre, no seas tan *estirau* y afloja el tratamiento, si no quisiera, no lo haría, ¿no?

El tuteo me sorprende un poco. Mucho, no. Atravesamos una época en que todo el mundo, especialmente los jóvenes, tutea sin considerar edad, mérito, condición o circunstancia, así que no mucho. En realidad, tiene razón, tampoco esto es el té de las cinco en el palacio de Buckingham, me digo.

Se sienta frente a mí. Mis ojos van de la fruta a las tetas —redondas, firmes, fornidas, presas bajo la tiranía del la tela desteñida del top— y allí se quedan un rato asomados al escote. Ella se percata y dice:

—Coge una, si te apetece —por un momento quedo turbado y corrido; reacciono prontamente y miro a sus ojos con desenvoltura mientras esbozo una pícara sonrisa—, te irá bien para el camino.

Alcanza una nectarina y me la ofrece.

—¿Quieres un cuchillo? —le digo que no—. Yo también prefiero comerlas a mordiscos —dice—, *ye* más voluptuoso, ¿no crees?

El pitido de la cafetera interrumpe el prometedor diálogo que mantenemos. Se levanta para servir el café. Las tazas están en un armario bajo la encimera, se inclina sin doblar las rodillas y el pantalón fino de blanco lino se inflama prieto de redondeces. Es un paisaje tiránico y posesivo. Me levanto, avanzo sigilosamente

impelido por una fuerza ineluctable. Ella se endereza y deposita las tazas sobre el mármol. La rodeo por detrás con los brazos hasta que mis manos alcanzan los codiciados senos —firmes, redondos, turgentes— por su base, haciendo cazoleta y sopesando su volumen en breves y cortos izamientos. La asturiana no se sobresalta, se deja hacer, se gira despacio, me mira a los ojos, se abraza a mi nuca y nos fundimos en un beso prieto, lascivo y prolongado.

La lluvia sigue golpeando el cristal, ahora con menos interés.

Durante el trayecto de vuelta las imágenes se reproducen incesable e indefectiblemente en mi pensamiento. Me precede la silueta alargada de mi cuerpo cabalgando sobre la bicicleta, cuando el sol logra abrirse camino entre la arboleda que voy dejando atrás. Es una mancha oscura y deforme impresa en el alquitrán. No me reconozco en ella.

La despojo del suéter y ante mí surgen sus senos rebosando un sostén que apenas cubre el centro geométrico de las protuberancias. También de él nos deshacemos para que aquellos dos prodigios se muestren en toda su esplendidez. Me acomete una irreprimible voracidad que intento saciar hasta que la falta de oxígeno me obliga a separarme de aquellos fresones sobresalientes, grandes, oscuros y recios.

Sumido en mis pensamientos, mantengo un pedaleo regular que va consumiendo despaciosamente los kilómetros que me separan del hotel.

Libre de frutas y enseres la mesa, cae la mujer de espaldas sobre ella. Desato sin prisa las cintas que cierran las perneras del liviano tejido. Mi rendida anfitriona arquea levemente el cuerpo para facilitar el deslizamiento del pantalón y de las bragas; despacio, primero uno, después, la otra.

Atravieso Posada en sentido inverso, ahora con escasa circulación. Ya no pedaleo. Toda la travesía es cuesta abajo. De cuando en cuando toco un poco los frenos para que la velocidad no se haga excesiva. Al abandonar la población el sol se oculta tras el pico del Torno y mi silueta se borra del pavimento.

De pie, preso en la pinza de sus robustos muslos, el culote en los tobillos, maillot y riñonera extraviados en algún lugar de la cocina, durante unos pocos minutos, a pesar de mi hiperplasia benigna de próstata, me convierto en el rey del mambo.

La nacional seiscientos treinta y cuatro sigue atestada de vehículos. Me incorporo cautelosamente al arcén. Algunos automóviles pasan demasiado cerca y noto el aire que desplazan. He de tener cuidado con las señales, especialmente cuando el arcén se estrecha, leí en la prensa que un ciclista perdió la vida al golpearse con el triángulo de metal de una señal informativa.

Después de tomar fruta y café, sentados desnudos a la mesa que minutos antes hubo albergado tan excelente ayuntamiento, me dice que se llama Adoración, nombre que a mi juicio resulta difícilmente mejorable; aunque todos la conocen por Dora.

Por fin puedo abandonar la carretera para entrar en el camino estrecho y sinuoso circundado de eucaliptos y helechos que desemboca en la playa donde se encuentra el hotel.

Mientras depositamos las tazas en el fregadero, el roce de los cuerpos despierta un nuevo incendio interior que enseguida nos invade, arrastra e impulsa a un intercambio de caricias franco y generoso, sin prejuicio ni melindre. El ardor aviva la pasión y el ímpetu se desborda cuando la llama se extiende. Ya sólo cabe sofocarla. Con solvencia. Frente al ventanal que muestra el huerto colindante.

Aviso en recepción para que me abran el cuartito que me han prestado para guardar la bicicleta y recojo, de paso, la llave de mi habitación.

Entre charlas y juegos, se hace la hora de comer. La ayudo a preparar un refrigerio a base de embutidos de la tierra y caldo del día anterior que guarda en la nevera. Nos soplamos una botella de tinto de Cangas, espeso y cabezón, y nos acomodamos frente al televisor en un cuartito pequeño. El Monzón devastaba Pakistán, causando centenares de muertos y millones de personas desplazadas de sus hogares. Aplasto lo que queda de mi Rösli Habana contra el cenicero y me quedo dormido sobre el regazo de Dora, al amor de las caricias que practica sobre mi cabeza.

Ya en mi habitación, me despojo de la vestimenta deportiva y me instalo un buen rato bajo el agua tibia de la ducha. Después me tumbo

en la cama con las palmas de las manos sujetando la cabeza y la vista entretenida en la nada que envuelve el techo.

Me despierta el sabor caliente de la boca de la mujer sobre la mía. Es tarde, me dice cuando abro los ojos. Miro el reloj, es cierto, me incorporo, tengo la nuca mojada de sudor, me desperezo y la beso largamente al tiempo que deposito mi mano sobre uno de sus pechos, sobre la blusa que ahora lleva puesta. Dora se sienta a horcajadas abrazando mis piernas con las suyas y comienza a restregarse contra mí, su cuerpo está caliente, los senos oprimen mi pecho. Siento un nuevo arrebató incontenible cuando la sangre empieza a inundar las cavernas del habitante de abajo, cuyo frenético despertar se hace patente a través de la elástica. Nuevo trajín de ropas volando de uno a otro lado del cuarto. Carne prieta y sedosa entre mis manos ávidas que como palomas inquietas recorren cada centímetro de piel encendida de deseo desatado. Es una guerra sin cuartel, lucha con desnudo, sinfonía de gritos, jadeos y ayes, demandas escatológicas, mezcla de fluidos corporales y secreciones glandulares. Ansia animal. Hasta que los cuerpos extenuados se rinden ahitos de fatiga y excesos.

Que distinto este de mis últimos encuentros. Las necesidades sexuales de pareja han ido perdiendo simetría disponiendo tiempos y ritmos diferentes, diluyendo fantasías, moderando apetitos, acrecentando distancias... Pero el deseo en forma de indeclinable necesidad permanece terco y tenaz. Los encuentros ocasionales, apenas mitigan la llama de la tortura porque *el tirano* exige entrega y

reciprocidad a cambio de gratificación y calma. ¿Hasta cuando el yugo?

Dora me ha devuelto un ánimo ya olvidado y un poderío que no recuerdo si alguna vez tuve. Que ignorantes nos mostramos cuando de jóvenes, en nuestra prepotente osadía, despreciamos la libido de los viejos, o como siempre me corrige mi hija, mayores.

Sumergido en los recientes recuerdos, incapaz de soportar el peso de los párpados, el techo de la habitación se desvanece y entro dulcemente en el sueño.

A veces la realidad supera a la ficción.

Epílogo

Tengo frío. Me despierto. El sol se ha ido, sólo su resplandor postrero ilumina el aire fresco que se ha levantado. La playa está desierta. Flórez Estrada, mi abuelo lejano, descansa a mi lado, sobre el lecho de hierba que hace frontera con la arena. El marcapáginas se ha escapado de entre las hojas y soy incapaz de recordar el punto en el que dejé la lectura. Solo recuerdo que nació en Pola de Somiedo y su desavenencia con Godoy, por simpatizar con la Revolución Francesa. Sin embargo tengo la memoria inquieta, como si algún recuerdo intentara abrirse paso entre la bruma neuronal acumulada con los años. Ya aflorará, me digo. Cojo el libro, la toalla y me voy.

Cerca de la terraza que mira al mar todavía hay restos de las huellas de los neumáticos de la ambulancia que esta mañana nos visitó.

Playa de Barro, Concejo de Llanes, Asturias